



## LA VIOLENCIA REPRESIVA DE LOS CUERPOS DE SEGURIDAD

El espeluznante ataque perpetrado por los cuerpos de seguridad contra una casa del arzobispado en San Antonio Abad, el sábado 20 de Noviembre a las seis horas de la mañana, en el que asesinaron brutalmente al sacerdote Octaviano Ortiz y a cuatro jóvenes, que con otros muchos estaban haciendo un curso de iniciación cristiana en retiro espiritual, deja al descubierto cómo son y cómo actúan nuestros cuerpos de seguridad, especialmente cuando se trata de la Iglesia.

Los cuerpos de seguridad son una parte importante del ordenamiento del Estado. Precisamente porque están llamados a conservar el orden público y la seguridad de los ciudadanos se espera de ellos una capacidad y una conducta completamente apegadas a la razón y a las leyes. Teniendo a su disposición armas y poderosos dispositivos de destrucción, deben estar preparados intelectual, técnica y emocionalmente para no cometer errores e injusticias, que resultan irreparables. Sobre todo sus jefes, pertenecientes a la fuerza armada, deben tener capacidades y disposiciones notables, entre las que deben predominar la inteligencia, la serenidad, la objetividad, la prudencia. Nada más contrario a lo que deben ser los cuerpos de seguridad el uso de la fuerza bruta y asesina, so pretexto de conservar el orden o de obedecer a sus superiores.

Nuestros cuerpos de seguridad están mostrando día a día todo lo contrario. Y esto es gravísimo para la marcha del país, porque se están convirtiendo en fautores de la injusticia y de la violencia. Los apresados y desaparecidos políticos, las torturas a que son sometidos los presos para arrancarles confesiones y delaciones, las cárceles secretas en que son llevados hasta el borde de la locura y de la muerte los reos políticos, son prueba de ello. Todo esto podrá ser negado, pero el país y las autoridades saben bien que es cierto. Las autoridades saben que la Comisión de derechos humanos de la OEA, invitada por ellas mismas, comprobó y demostró que todas estas cosas son ciertas, así como son ciertos los asesinatos cometidos por las fuerzas de orden público. ¿Quién es, entonces, en este país el que comete violencia, el que suscita violencia, el que hace desprestigiar todo el ordenamiento legal?

Dice el evangelio que si la sal ha perdido su sabor, ya no sir-



ve y debe ser arrojada fuera. Si los cuerpos de seguridad en vez de proporcionar paz, tranquilidad se convierten en agentes de destrucción y muerte, ¿para qué los queremos tal como están? Si en vez de apegarse a la ley y de hacerla cumplir, ~~no~~ la niegan y la mutilan, ¿para qué los quiere el país?

Podría pensarse que con el cambio en la jefatura de la Guardia Nacional podría haber empezado la difícil tarea de limpiar los cuerpos de seguridad de elementos indeseables y de capacitar a sus miembros para desarrollar su importante misión. El ataque militar contra una casa religiosa indefensa y el asesinato a sangre fría de un sacerdote y de cuatro jóvenes, más el ~~persecución~~ ~~persecución~~ de más de otros 30 jóvenes y de dos religiosas nos quitan toda esperanza.

Podría pensarse que fue un error nacido de una falsa delación. Así ocurrió con el cateo de una casa de jesuitas en San Salvador, de un centro de formación en Jiquilisco, de un colegio de monjas también en San Salvador. En todos esos casos se mostró que la denuncia era infundada, pero entonces se mantuvieron las formas y la violencia no fue grande. Pero en el caso de San Antonio Abad todo ha sido distinto. La orden de ataque fue brutalmente preparada y la ejecución de la misma sobrepasó todo límite de crueldad.

Pero todavía peor que esto, pues todo ello podría haber sido sólo tan sólo de incompetencia y de error, es la mentira pública y oficial con que los cuerpos de seguridad quieren cubrir las atroces muertes que cometieron. Ridículamente tumbaron los cadáveres sobre paredes y tejados para dar la impresión de que fueron repelidos; llamaron a la televisión para comprobarlo. Pero afortunadamente hay muchos testigos, entre ellos experimentados cameraman de la BBC inglesa, que tomaron buena prueba del engaño. El parte de los cuerpos de seguridad no sólo es falso sino que es completamente infantil y no hace sino hundirles más en el lodazal. El pueblo salvadoreño está ya bien acostumbrado a no creer los partes oficiales: los disparates cometidos últimamente con los presuntos implicados en el secuestro del señor Monedero y del señor Bonilla, que los propios tribunales tuvieron que repudiar como inaceptables, las macabras mentiras en el caso del Padre Barrera que la propia televisión salvadoreña probó como tales mentiras, burdas mentiras; tantos y tantos casos



han persuadido al pueblo salvadoreño que no sólo hay violencia e injusticia, barbarie y crueldad, sino una tremenda incompetencia. Incompetencia para descubrir los secuestros, incompetencia para no dejarse engañar por falsas delaciones, incompetencia hasta para amañar una explicación ~~inexplicable~~ medianamente creíble.

¿Por qué ocurre esto?

En el caso de los sucesos referidos a la Iglesia de un tremendo prejuicio interpretativo y emocional. Los cuerpos de seguridad y algunas autoridades piensan que la Iglesia es partidaria de la violencia y de la ~~supresión~~ subversión y creen, por tanto, cualquier acusación que se haga en este punto o desfiguran cualquier indicio. Más aún están alimentando un odio ciego, una oposición emocional que les lleva a los mayores errores y a las más graves injusticias. Hay una clara persecución a la Iglesia, a la Iglesia que denuncia a la injusticia y está a favor del pueblo oprimido. Si no otras razones, la homilía de Mons. Romero ante miles de ciudadanos con los cadáveres asesinados delante del altar les debía probar que no es así. ¿Qué hubiera costado lanzar a aquella masa a actos vandálicos de destrucción? Y, sin embargo, Monseñor pidió paz y justicia, repudió la violencia, aunque condenó la barbarie y la mentira.

Pero hay algo más. Algo muy profundo falla en la organización y en el mando de los cuerpos de seguridad. Y esta es una de las quiebras más graves del orden institucional del país, este pobre país que está lleno de quiebras tan graves. Suelen disculparse las autoridades diciendo que los guardias y aun los ~~autoridades~~ mandos bajos tienen poca cultura y que están asustados por las agresiones terroristas. No es explicación. Las torturas, los desaparecidos, los operativos militares no están patrocinados por guardias o mandos inferiores. Es preciso, por tanto, sanear a fondo los cuerpos de seguridad, profesionalizarlos debidamente. Y, mientras tanto, castigar con mano firme a quienes de desmandan en sus funciones. Los crímenes de San Antonio Abad no pueden quedar impunes.

Si quedan impunes, si los cuerpos de seguridad siguen cometiendo graves atropellos, si siguen ensañándose con la Iglesia y con el pueblo que busca su libertad, al Gobierno no le queda credibilidad



alguna ni dentro ni fuera del país. Y sin credibilidad un Gobierno no puede gobernar. Al Presidente de la República le compete, según la constitución, organizar y mantener los cuerpos de seguridad pública. Si los desmanes de San Antonio Abad se han cometido en su ausencia, su corrección y castigo deben hacerse en su presencia. Ya está aquí. Veamos qué hace.

De lo contrario no hay posibilidad de diálogo dentro del país entre las autoridades y las distintas fuerzas sociales. Cómo se va a entablar un diálogo entre la Iglesia y el Gobierno, si el Gobierno no se desresponsabiliza de acciones criminales contra la propia Iglesia. Cómo va a creer en la Iglesia en palabras de paz y concordia, cuando se le están mostrando acciones de violencia y de muerte. Parecería que se ha querido hacer daño al Gobierno con esta acción atroz de San Antonio Abad.

Y lo mismo vale internacionalmente. En esta semana se reúne en Puebla ~~todo~~ el episcopado latinoamericano con el Papa Juan Pablo II. No han podido elegir peor ocasión los cuerpos de seguridad para hacer mártires en El Salvador. De nuevo nuestro país va a quedar enlodado por la acción inconsulta de unos cuerpos de seguridad, que desde luego no representan la voluntad del pueblo salvadoreño. Toda América Latina nos va a mirar, va a mirar con amor y admiración a una Iglesia, que se compromete evangélicamente con los pobres, que son la mayoría de El Salvador. La América Latina mejor va a lanzar su más dura condena contra los lo os sanguinarios a quienes les ciega el odio y la incompetencia.

No es hora de pedir venganza. No es hora de desesperar. No es hora de pensar que no queda más camino que el terrorismo. Pero sí es hora de que todos los ciudadanos luchemos porque los cuerpos de seguridad sean cuerpos honestos y capaces, vigilados por unas autoridades honestas y capaces. Y es hora de que se derogue esa Ley de orden público, bajo cuyo pretexto se pueden convertir los nobles servidores del orden público en emisarios sangrientos de la muerte. Alto a la violencia. Pero sobre todo alto a la violencia de quienes empuñan armas pagadas por el pueblo para su protección no para su destrucción.